cirse hubieran tenido que pagarlas con otras. La alegría que tan faustos sucesos dieron á la fundadora la expresa en estas líneas, puestas á continuación de las que trazó para describirlos, á fin de que sus hijas tuvieran detalles de lo que no pudieron ver :

« He aquí las pobres descalzas honradas de todos, que no se parecía este tiempo al de antes, que ni agua había de haber para ellas , aunque hay harta en aquel río.» (*Fundaciones*, capítulo XXV, núm. 8.)

CAPITULO III

NUEVOS CONTRARIOS

I

El domingo antes de Pascua de Espíritu Santo fué la solemnidad que hemos descrito ; y precisamente cuando, terminada la procesión, daba Teresa de Jesús gracias á Dios por lo bien que había concluído lo que parecía imposible llegar á realizar, se oyeron fuertes golpes en la puerta, con que anunciaba su llegada un correo de la corte; traía éste el mandato, que expedía el General de la Orden, para que la fundadora saliera inmediatamente desterrada de Sevilla y se retirara á uno de los conventos que tenía fundados en Castilla la Vieja, con absoluta prohibición de abandonarle bajo ningún pretexto.

Cuál era el motivo de tan arbitraria resolución difícil hubiera sido averiguarlo. La envidia de unos; el falso celo de otros; la pena del bien ajeno que sienten los espíritus ruines ; la cólera del

infierno, que, vencido tantas veces, encendía los ánimos de gente ahora ciega, ahora torcida y apasionada. Y todo ello junto hacía urdir marañas, acumular invenciones, levantar calumnias, propalar testimonios y acusar de mil delitos á la humilde y paciente reformadora santa del Carmelo. Para juzgarla se había formado un Consejo general, y al relatarse los hechos se alteraron de modo que, en vez de las alabanzas que merecían, enojado gravemente el Jefe superior de la Orden, envió el mandato del destierro, y al día siguiente se puso la santa Madre en camino para cumplir aquella injusta sentencia.

Si en circunstancias normales la ausencia de tan virtuosa Prelada causaba honda pena á sus hijas, considérese el dolor que sentirían al verla separarse de ellas, no para emprender nuevos trabajos en servicio de Dios, sino humillada y desconocida por los que más debían prestarle apoyo, sin dejarle siquiera el derecho de la defensa. Las lágrimas de las religiosas contrastaban con la serena paz de Teresa, alegre siempre que tenía ocasión de padecer por Dios.

Lorenzo de Cepeda, sus hijos y servidumbre, la acompañaron á Toledo, cuyo convento había elegido por cárcel. Si las comodidades pudieran endulzar las amarguras de la vida, la fundadora hubiera padecido menos: ¡tal esmero ponía su familia en evitarle la menor molestia! Mas como de todo se valían sus contrarios, hasta de este viaje tomaron ocasión para agravar su causa: delaciones infundadas y calumniosas que llegaron á manos del General, aseguraban que Teresa de Jesús no caminaba como desterrada, sino

en compañía de galanes y damas, escandalizando con el insolente lujo que manifestaba en la grandeza de los trenes que la seguían, muy contrario al espíritu de pobreza que proclamaba la Orden descalza.

II

Después de encerrada la fundadora en el convento de Toledo, comprendió el alcance de la red en que se hallaba envuelta; pero si los males que tocaban á su fama los recibía con ánimo entero, los que amenazaban á la Orden la afligían mucho, y nunca más en peligro de perderse llegó á verla que en la ocasión que referimos.

Desgraciadamente, á la vez de los que por envidia ó espíritu de contradicción hacían guerra á los descalzos, había muchas personas graves é ilustradas, así religiosas como seglares, cuya fama de virtudes llevaba tras sí las opiniones, que les combatían de buena fe, persuadidos de que servían al Señor ayudando á destruir la causa de tantos pleitos.

Aunque la santa Madre nunca emprendió nada sin consultar al General, siguiendo en todo las órdenes que de él recibía, éste, mal informado y peor dispuesto, cansado de oir querellas que tomaba por verdades, trocó en enojo la bondad que siempre mostró á la fundadora, y se volvió tan contrario á la Reforma *que, á no ser por la Providencia, bastara esto para que concluyera de una vez.* (P. Yepes, lib. II, cap. XXIX.)

La impensada muerte del Nuncio Hormaneto, que favorecía á los descalzos, y el nombramiento

de Mons. Sega para este cargo, fué un terrible golpe á los que tan abatidos se veían. El nuevo Nuncio parecía elegido para ejercitar la paciencia de Teresa y de sus hijos. Traía desde Roma siniestras informaciones; y como el *querer* y el *poder* se juntaban en sus manos, dió principio á una obra destructora con encarcelar, desterrar y cometer tales injusticias, que puede asegurarse haber seguido el castigo á la falsa delación, y esto tan de cerca como sigue la sombra al cuerpo.

¡Ay! ¡Estas dolorosas nuevas llegaban al convento de Toledo para destilar gota á gota su hiel en el herido corazón de la santa Madre! En vano las religiosas procuraban consolar sus tristezas, que resistían á los más afectuosos cuidados. ¡Si al menos el reposo forzado que guardaba hubiera sido el que solicitó del General cuando le pedía que no le mandase fundar más casas, sino que la dejase descansar algún tiempo! ¡Y qué diferencia entre la severidad con que ahora la trataba y la respuesta que entonces le dió, declarando que no *lo hacía porque deseaba fundase tantas como cabellos tuviese!*

III

El enojo del Nuncio no cedía ni por la humildad de las víctimas, ni por los ruegos de los que anhelaban que la verdad se descubriera; mas ¿qué se podía esperar de quien cerraba los oídos á las razones más eficaces, y calificaba á la venerable fundadora *de mujer inquieta y andariega, que andaba en devaneos so color de devoción?* (P. Yepes, lib. II, fol. 629.)

Compréndese ahora bien hasta qué extremo desconocía Mons. Sega las virtudes de Teresa de Jesús. ¿Qué holgura podía tener la que viajaba siempre con pobreza? ¿De qué desvaneos podían acusar á aquella ánima purísima que enseñaba más con el ejemplo que con las palabras?

Con severidad más propia y digna de justicias seculares, quitó el Nuncio el cargo de Visitador Apostólico al P. Gracián, á quien levantaron mil falsos testimonios y calumnias; atormentaron cuanto pudieron al anciano prior Fr. Antonio de Jesús, y extremaron los rigores con el virtuoso Fr. Mariano de San Benito. ¡Cuántas veces debió éste echar de menos aquel su yermo del Tardón, y cuán preferible hubo de parecerle aquella soledad á la inquietud en que ahora vivía! Ni el santo é ilustrado fray Juan de la Cruz, futura gloria de la Iglesia y las letras españolas, y honra de la patria que le vió nacer, pudo salvarse de tan deshecha tempestad, alcanzándole gran parte en los trabajos que se padecían, no siendo el menor de ellos que para regir á los descalzos nombraran Provinciales calzados, los cuales juzgaban que era servir á Dios el ayudar á las intenciones erradas del Nuncio.

¿Qué hacía Teresa frente á las encrespadas olas de este embravecido mar? Acudir como buen piloto á aquella de sus naves que veía en más peligro de anegarse, y sus admirables cartas llevaban consuelos á los afligidos corazones: Fr. Angel de Salazar, nombrado Visitador de la provincia de Andalucía, llegó á Sevilla, y su primera disposición fué quitar de Priora á María de San José, y poner Vicaria á su propósito. Emprendió al mis-

mo tiempo una información contra el P. Gracián, y amenazó con tantos males juntos, que las religiosas, afligidísimas, escribieron á la santa Madre dándole cuenta de lo que sucedía.

Poco después recibieron la siguiente respuesta:

«La gracia del Espíritu Santo sea con vuestras caridades, hijas y hermanas mías; sepan que nunca las amé tanto como ahora, ni ellas han tenido tanto en que servir á nuestro Señor, que les hace gran merced, como de que puedan gustar algo de su cruz, con algún desamparo del mucho que Su Majestad tuvo en ella. ¡Dichoso el día que entraron en ese lugar, pues tenían aparejado tan venturoso tiempo! ¡Harta envidia les tengo!»

. . . . . .

«Animo, ánimo, hijas mías: acuérdense de que no da Dios á ninguno más trabajos de los que puede sufrir, y que está Su Majestad con los atribulados; pues esto es cierto no hay que temer, sino esperar en su misericordia, que se ha de descubrir la verdad de todo, y se han de entender algunas marañas que el demonio ha tenido encubiertas para revolver, de que yo he tenido más pena que tengo ahora de lo que pasa.»

. . . . . .

«¡Oración, oración, hermanas mías, y resplandezca ahora la humildad y obediencia! ¡Oh qué buen tiempo para que se coja fruto de las determinaciones que han tenido de servir á nuestro Señor! Miren que muchas veces quiere probar si se conforman las obras con ellas y con las palabras; saquen con honra los hijos de la Virgen, y hermanos suyos en esta gran persecución, que si se ayudan el buen Jesús les ayudará; que aun-

que duerme en el mar cuando crece la tormenta, hace parar los vientos; quiere que le pidamos, y quiérenos tanto que siempre busca en qué hemos de aprovechar.»

. . . . . .

«Procuren estar alegres, que, bien mirado, es poco lo que padecen por tan buen Dios, y por quien tanto pasó por nosotras, que aún no han llegado á verter sangre por Él: entre sus hermanas están, y no en Argel; dejen hacer á su Esposo, y verán cómo antes de mucho se traga el mar á los que nos hacen la guerra, como hizo con Faraón.» (Carta núm. L á la M. María de San José, priora de Sevilla.—De la Colección anotada por el ilustrísimo Palafox.)

IV

Al mismo tiempo que con tales consuelos y advertencias daba la fundadora á sus hijas ánimo del mucho que ella tenía para sufrir, prevenía el daño que en la opinión del Rey pudieran hacer los enconados discursos y memoriales en que á propósito se disfrazaba la verdad, y escribía al Rey Prudente Don Felipe II una larga carta, de la cual quiero extractar ahora algunos párrafos:

«La gracia del Espíritu Santo sea siempre con V. M. Amén.

»A mi noticia ha venido un memorial que á V. M. han dado contra el P. Maestro Gracián, que me espanto de los ardides del demonio y sus ministros; porque no se contenta con infamar á á este siervo de Dios, sino que procura deslus-

trar ahora estos monasterios, donde tanto se sirve á Nuestro Señor.»

Aducía eficaces razones, probaba la realidad de los hechos, quitaba la máscara á las intrigas y concluía con esta súplica:

«Por amor de Dios no consienta V. M. que anden en tribunales testimonios tan infames; porque, es de tal suerte el mundo, que puede quedar sospecha enalguno (aunque más se pruebe lo contrario) si dimos alguna ocasión.» *(Carta* núm. 1.)

Este admirable escrito al pío Monarca hizo que, convencido de la verdad con que hablaba la santa Madre, comenzara á proteger la obra de la Reforma, y empezó muy oportunamente y con prudencia por hacer que se reuniera un Consejo de cuatro personas doctas que, presidido por el Nuncio, debían revisar y fallar la causa.

Era uno de los elegidos el Visitador Apostólico Fr. Pedro Hernández, y cuando Teresa lo supo tuvo el pleito por ganado, pues además de ser mucha la ilustración de este religioso, sabía bien lo que eran los monasterios que con su licencia se habían fundado. Empezadas las diligencias, se ampliaron las informaciones; se escucharon muchos testigos que antes habían desechado, y, por último, aunque se tardó muy cerca de cuatro años, triunfó la verdad y se hizo justicia á la Religión descalza.

Grandes pruebas de fortaleza de ánimo dió Teresa de Jesús en tan larga como azarosa época, por más que los consuelos celestiales vinieron muchas veces á reanimar su valor cuando más decaído se hallaba; afligidísima un día, rogaba á su Esposo que le diera á entender si lograrían des-

hacer los monasterios levantados á costa de tales penas, y la voz que tan bien conocía le contestó:

—*Algunos querrían eso; pero no será así, sino todo lo contrario.* (P. Yepes, libro II, capítulo XXIX.)

Poco tiempo después de esta revelación fué á visitarla Fr. Mariano de San Benito, y precisamente cuando él le hablaba de las congojas que padecía la Orden y de las pocas esperanzas de remedio que veía, llegaron cartas del P. Gracián en que manifestaba estar desahuciado de toda idea favorable; por lo que el religioso juzgó perdida la causa y se abatió extraordinariamente.

Mirábalo Teresa con tierna compasión, y no pudo menos de hablarle así (á fin de trasmitir el consuelo que ella sentía á aquel pobre corazón desolado):

—*No tema, Padre mío: trabajo hemos de pasar; pero no se deshará la Religión.* (P. Yepes, lib. II, cap. XXIX.)

V

Como aurora matinal después de oscura noche y furiosa tormenta, así parecieron á la santa Madre los primeros albores de la tranquilidad después de tan largo padecer. Dios había probado su valor con el sufrimiento, y satisfecho de la prueba le envió los laureles de la victoria.

El más amplio de los mandatos devolvió la libertad á Teresa de Jesús, y cuantos la habían humillado trataron de borrar con nuevas franquicias el recuerdo que debía tener de sus in-

justas persecuciones. Natural parecía reposar ahora de los trabajos y hondas penas en la alegría del triunfo; pero ella, incansable en el servicio de Dios, voló desde su cárcel para consolar á muchas pobres criaturas tan anhelantes y deseosas de su visita.

CAPÍTULO IV

LA ERMITA DE VILLANUEVA DE LA JARA

I

Cuando la santa Madre llegó desterrada á Toledo, encontró allí cartas que le dirigían desde un pueblecito cercano á la Roda, llamado Villanueva de la Jara; como los que escribían ignoraban su situación, le hacían vivas instancias para que fuera en seguida á fundar un monasterio. Los pliegos eran del Ayuntamiento de la villa y del doctor Agustín Hervias, que daban del asunto las noticias siguientes.

Había en el pueblo una ermita dedicada á Santa Ana, y en una casita aneja á ella vivían recogidas nueve doncellas pobres, que deseaban profesar la Orden del Carmen. La bondad de las aspirantes, su honestidad y virtudes, excitaban el interés de sus convecinos, y todos se unían para rogar á la santa Madre admitiera á estas doncellas entre sus hijas. Llevaba las